

## Mensajera del cielo

**S**OR Teresa de Calcuta sabe que ella no eliminará la pobreza. Sabe que tampoco lo lograrán sus múltiples seguidores que va alentando por el mundo. Sin embargo, dedica su vida —íntegra y heroicamente— a aliviar a los pobres, y a urgir vocaciones o remecer conciencias que la imiten o ayuden en ese camino.

Pretender eliminar la pobreza es una moderna ilusión. Moderna, porque hasta hace poco más de 100 años la humanidad vivió por siglos considerando la pobreza como una realidad dada e insuperable. Ilusión, porque la pobreza, más allá del límite mínimo exigido para la subsistencia, traduce un concepto eminentemente relativo y variable, que nunca permitirá estimarla del todo superada. Una persona considerada "rica", en un país o época determinada, puede reputarse "pobre" en otro cuadro histórico o social diferente. La pobreza engloba realidades muy diversas hoy que hace dos siglos. E igualmente distintas hoy, por ejemplo, entre Estados Unidos, Chile e la India.

No obstante, ninguna recta conciencia ética podría desentenderse del imperativo de combatir la pobreza y aliviar a quienes la sufren, en la mayor medida posible. Aun cuando al hacerlo sepan que llenan un tonel inagotable. Y es que detrás de cada ayuda a un pobre está la dignificación de un ser humano, que tiene un valor y un destino eternos.

**P**OR eso mismo, la actitud cristiana frente a la pobreza no puede reducirse a una cuestión de estructuras político-sociales, ya que jamás ningún diseño de éstas será suficiente para solucionar el problema.

No se trata, obviamente, de negar la importancia de favorecer las mejores estructuras políticas, económicas y sociales. El clásico concepto de justicia social, depurado de sus manidas distorsiones demagógicas, encierra un contenido moral enjundioso a este respecto. La pregunta de



sor Teresa de cuánto se gasta hoy en armamentismo, comparado con lo que se destina a alimentos, grafica una expresión de dicho concepto, a escala internacional.

Lo importante es advertir que eso no agota —y ni siquiera domina— el enfoque cristiano del tema. Cualquier contexto social dejará siempre un amplio espacio —convertido en exigencia ética— para el ejercicio de la caridad a nivel interpersonal. Y sólo de la práctica de dicha virtud con el prójimo —o "próximo"— brotará la auténtica justicia social.

Caridad cristiana que no se confunde con la beneficencia, sino que trasciende a ésta por el amor. Caridad cristiana que no se limita a la ayuda material, sino que incluye la espiritual porque, como también sor Teresa

lo ha recordado, los ricos en dinero son, a veces, pobres en dolor, soleados o desorientación.

**S**OR Teresa sabe que no eliminará la pobreza. Pero destina su vida a aliviar a los pobres. Ello me evoca la frase de Cristo: "Pobres tendréis siempre... , pero a Mí no me tendréis siempre". Entre las muchas lecciones de tal sentencia, ¿no estará la de decirnos que aunque siempre habrá pobres, seremos capaces de sentirlos y servirlos como hermanos, en la medida en que tengamos a Cristo en nuestro interior, para ver en cada prójimo a otro Cristo?

Que sor Teresa tiene a Cristo dentro de ella en alto grado de santidad, parece ser el secreto de su virtud y su influjo. Y desde la vivencia dramática de la atroz pobreza y densidad demográfica de la India (agudizada en Calcuta), donde cualquier falso criterio humanitarista podría aparecer justificatorio de prácticas abortivas o antinatalistas, ella lanza el supremo reto al egoísmo, pidiendo a quienes deseen abortar que tengan su hijo y se lo entreguen a ella.

Ultimamente habían venido a Chile muchos personajes importantes del mundo. Pero con sor Teresa llegó una mensajera del cielo.